

Después la confusión fué tan grande, que no pude distinguir lo que pertenecía á las voces humanas en tan descomunal concierto. Pero no sé cómo, sin salir de aquel estado de somnolencia, me hice cargo de que se creía todo perdido y de que los oficiales se hallaban reunidos en la cámara para acordar la rendición; y también puedo asegurar que si no fué invento de mi fantasía, entonces trastornada, resonó en el combés una voz que decía: «El *Trinidad* no se rinde.» De fijo fué la voz de Marcial, si es que realmente dijo alguien tal cosa.

Me sentí despertar, y vi á mi amo arrojado sobre uno de los sofás de la cámara, la cabeza oculta entre las manos en ademán de desesperación, y sin cuidarse de su herida.

Acerquémeme á él, y el infeliz anciano no halló mejor modo de expresar su desconsuelo que abrazándome paternalmente, como si ambos estuviéramos cercanos á la muerte.

Al salir afuera en busca de agua para mi buen don Alonso, presencié el acto de arriar la bandera, que aun flotaba en la cangreja, uno de los pocos restos de arboladura que con el trozo de mesana quedaban en pie. Aquel lienzo glorioso, ya agujereado por mil partes, señal de nuestra honra, que congregaba bajo sus pliegues á todos los combatientes, descendió del mástil para no izarse más. La idea de un orgullo abatido, de un ánimo esforzado que sucumbe ante fuerzas superiores, no puede encontrar imagen más perfecta para representarse á los ojos humanos que la de aquel oriflama que se abate y desaparece como un sol que se pone. El de aquella tarde tristísima, tocando al término de su carrera en el momento de nuestra rendición, iluminó la bandera española con su último rayo.

El fuego cesó, y los ingleses penetraron en el barco vencido.

IX

Cuando el espíritu, calmada la agitación del combate, tuvo tiempo de dar paso á la compasión, al frío terror producido por la vista de tanto estrago, se presentó á los ojos de cuantos quedamos vivos la escena del navío en toda su horrenda majestad. El *Santisima Trinidad* se hundía, amenazando sepultarnos á todos, vivos y muertos, en el fondo del mar. Apenas entraron los ingleses, un grito resonó unánime, proferido por nuestros marinos:

«¡Á las bombas!»

Todos los que podíamos acudir á ellas y trabajamos con ardor; pero aquellas máquinas imperfectas desalojaban una cantidad de agua bastante menor que la que entraba. De repente, un grito más terrible que el anterior nos llenó de espanto. El agua invadía rápidamente el último sollado, y algunos marineros asomaron por la escotilla gritando:

«¡Que se ahogan los heridos!»

La mayor parte de la tripulación vaciló entre seguir desalojando el agua y acudir en socorro de aquellos desgraciados; y no sé qué habría sido de ellos, si la gente de un navío inglés no hubiera acudido en nuestro auxilio. Éstos no sólo transportaron los heridos á la tercera y á la segunda batería, sino que también pusieron mano á las bombas, mientras sus carpinteros trataban de reparar las averías del casco.

Antes de volver á la cámara subí á cubierta, y vi á los ingleses ocupados en izar el pabellón británico en la popa del *Santisima Trinidad*. Os diré que aquel acto me hizo pensar un poco. Siempre se me habían representado los ingleses como piratas ó salteadores de los mares, gentezuela aventurera que no constituía nación

y que vivía del merodeo. Cuando vi el orgullo con que enarbolaron su bandera, saludándola con vivas aclamaciones; cuando advertí el gozo y la satisfacción que les causaba haber apresado el más grande y glorioso barco que hasta entonces sureó los mares, pensé que también ellos tendrían su patria querida, que ésta les habría confiado la defensa de su honor; me pareció que en aquella tierra, para mí misteriosa, que se llamaba Inglaterra, habían de existir, como en España, muchas gentes honradas, un rey paternal, y las madres, las hijas, las esposas, las hermanas de tan valientes marinos; los cuales, esperando con ansiedad su vuelta, rogarían á Dios que les concediera la victoria.

En la cámara encontré á mi señor más tranquilo. Los oficiales ingleses que habían entrado allí trataban á los nuestros con delicada cortesía, y según entendí, querían trasbordar los heridos á algún barco enemigo. Uno de aquellos oficiales se acercó á mi amo como queriendo reconocerle, y le saludó en español medianamente correcto, recordándole una amistad antigua. Contestó D. Alonso á sus finuras con gravedad, y después quiso enterarse por él de los pormenores del combate.

«¿Pero qué ha sido de la reserva? ¿Qué ha hecho Gravina? — preguntó.

— Se ha retirado en el *Príncipe de Asturias*; mas como se le ha dado caza, ignoro si habrá llegado á Cádiz.

— ¿Y el *San Ildefonso*?

— Ha sido apresado.

— ¿Y el *Santa Ana*?

— También ha sido apresado.

— ¡Vive Dios! — exclamó D. Alonso sin poder disimular su enojo. — Apuesto que no ha sido apresado el *Nepomuceno*.

— También lo ha sido.

— ¡Oh! ¿Está usted seguro de ello? ¿Y Churruca?

— Ha muerto — contestó el inglés con tristeza.

— ¡Oh! ¡Ha muerto! ¡Ha muerto Churruca! — murmuró mi amo con angustiosa perplejidad. — Pero el *Bahama* se habrá salvado, el *Bahama* habrá vuelto ileso á Cádiz.

— También ha sido apresado.

— ¡También! ¿Y Galiano? Galiano es un héroe y un sabio.

— ¡Sí! — repuso sobriamente el inglés; — pero ha muerto también.

— ¿Y qué es del *Montañés*? ¿Qué ha sido de Alcedo?

— Alcedo... también ha muerto.»

Mi amo no pudo reprimir la expresión de su profunda pena; y como la avanzada edad amenguaba en él la presencia de ánimo propia de tan terribles momentos, hubo de pasar por la pequeña mengua de derramar algunas lágrimas, triste obsequio á sus compañeros. Mi amo lloró como hombre después de haber cumplido con su deber como marino; mas reponiéndose de aquel abatimiento, y buscando alguna razón con que devolver al inglés la pesadumbre que éste le causara, dijo:

«Pero ustedes no habrán sufrido menos que nosotros. Nuestros enemigos habrán tenido pérdidas de consideración.

— Una sobre todo irreparable — contestó el inglés con tanta congoja como la de D. Alonso. — Hemos perdido al primero de nuestros marinos, al valiente entre los valientes, al heroico, al divino, al sublime almirante Nelson.»

Y con tan poca entereza como mi amo, el oficial inglés no se cuidó de disimular su inmensa pena: cubrióse la cara con las manos y lloró, con toda la expresiva

franqueza del verdadero dolor, al jefe, al protector y al amigo.

Nelson, herido mortalmente en mitad del combate, según después supe, por una bala de fusil que le atravesó el pecho y se fijó en la espina dorsal, dijo al capitán Hardy: «Se acabó; al fin lo han conseguido.» Atormentado por horribles dolores, no dejó de dictar órdenes, enterándose de los movimientos de ambas escuadras, y cuando se le hizo saber el triunfo de la suya, exclamó: «¡Bendito sea Dios; he cumplido con mi deber!»

Un cuarto de hora después expiraba el primer marino del siglo.

X

Vino la noche, y con ella aumentaron la gravedad y el horror de nuestra situación. Parecía que la naturaleza había de sernos propicia después de tantas desgracias; por el contrario, desatóse un recio temporal, y viento y agua, hondamente agitados, azotaron el buque, que, incapaz de maniobra, fluctuaba á merced de las olas. Los balances eran tan fuertes, que se hacía difícil el trabajo. Esto, unido al cansancio de la tripulación, empeoraba nuestro estado de hora en hora. Un navío inglés, que después supe se llamaba *Prince*, trató de remolcar al *Trinidad*; pero sus esfuerzos fueron inútiles, y tuvo que alejarse por temor á un choque, que habría sido funesto para ambos buques.

Entretanto, no era posible tomar alimento alguno. Apretado por el hambre, me arriesgué á hacer una visita á los pañoles del bizcocho, y ¿cuál sería mi asombro cuando vi á Marcial allí, trasegando á su estómago lo primero que encontró á mano? El anciano estaba herido de poca gravedad, y aunque una bala le había

llevado el pie derecho, como éste no era otra cosa que la extremidad de la pierna de palo, el cuerpo de Marcial sólo estaba con tal percance un poco más cojo.

«Toma, Gabrielillo — me dijo, llenándome el seno de galletas; — bareo sin lastre no navega.»

En seguida empinó una botella, y bebió con delicia.

Salimos del pañol. Entrada la noche, volví á la cámara, donde todo era confusión, lo mismo que en los sollados. Los sanos asistían á los heridos, y éstos, molestados á la vez por sus dolores y por el movimiento del buque, que les impedía todo reposo, no tenían alivio ni descanso. En un lado de la cámara yacían, cubiertos con el pabellón nacional, los oficiales muertos. Entre tanta desolación, ante el espectáculo de tantos dolores, había en aquellos cadáveres no sé qué de envidiable. Ellos solos descansaban á bordo del *Trinidad*, y todo les era ajeno, fatigas y penas, la humillación de la derrota y los dolores físicos. La bandera que les servía de ilustre mortaja parecía ponerles fuera de aquella esfera de responsabilidad, de mengua y desesperación en que todos nos encontrábamos. Nada les afectaba el peligro que corría la nave, porque ésta no era ya más que su ataúd.

No olvidaré jamás el momento en que aquellos cuerpos fueron arrojados al mar por orden del oficial inglés que custodiaba el navío. Efectuóse la triste ceremonia al amanecer del día 22, hora en que el temporal parece que arreció exprofeso, para aumentar la pavora de semejante escena. Sacados sobre cubierta los cuerpos de los oficiales, el cura rezó un responso á escape, porque no era ocasión de andarse en dibujos, é inmediatamente se procedió al acto solemne. Envueltos en la bandera, y con una bala atada á los pies, fueron arrojados al mar, sin que esto, que ordinariamente hubiera producido en todos tristeza y consternación, conmo-

viera entonces á los que lo presenciaron. ¡Tan hechos estaban los ánimos al infortunio, que el espectáculo de la muerte les era poco menos que indiferente!

El 22 pasó entre agonías. La idea de ser llevados á Gibraltar como prisioneros era terrible, si no para mí, para los hombres pundonorosos y obstinados como mi amo, cuyos padecimientos morales debieron de ser inauditos aquel día. Pero estas dolorosas alternativas cesaron por la tarde, á la hora en que fué unánime la creencia de que si no trasbordábamos al navío *Prince* pereceríamos todos en el buque, que ya tenía quince pies de agua en la bodega. Uriarte y Cisneros declararon que no hallaban gran diferencia entre morir en la casa propia ó ser prisioneros en la extraña. Acto continuo comenzó el trasbordo, á la escasa luz del crepúsculo, lo cual no era cosa fácil, habiendo precisión de embarcar cerca de trescientos heridos. La tripulación sana constaba de unos quinientos hombres, cifra á que quedaron reducidos los mil ciento quince individuos de que se componía antes del combate.

Comenzó precipitadamente el trasbordo con las lanchas del *Trinidad*, las del *Prince* y las de otros tres buques de la escuadra inglesa. Dióse la preferencia á los heridos; mas aunque se trató de evitarles toda molestia, fué imposible moverles sin mortificarles, y algunos pedían con fuertes gritos que los dejaran tranquilos, prefiriendo la muerte á un viaje que recrudecía sus dolores.

El Comandante Uriarte y el Jefe de escuadra Cisneros se embarcaron en los botes de la oficialidad inglesa. Mi amo D. Alonso, á quien instaron para que entrase también en ellos, se negó resueltamente, diciendo que deseaba ser el último en abandonar el *Santisima Trinidad*.

Aun no estaba fuera la mitad de la tripulación,

cuando un sordo rumor de alarma y pavor resonó en nuestro navío.

«¡Que nos vamos á pique!... ¡Á las lanchas, á las lanchas!», exclamaron algunos, mientras dominados todos por el instinto de conservación, corrían hacia la borda, buscando con ávidos ojos las lanchas que volvían. Se abandonó todo trabajo; no se pensó más en los heridos, y muchos de éstos, sacados ya sobre cubierta, se arrastraban por ella con delirante extravío, buscando un portalón por donde arrojar al mar. Por las escotillas salía un lastimero clamor, que aun parece resonar en mi cerebro, helando la sangre en mis venas y erizando mis cabellos. Eran los heridos que quedaban en la primera batería, los cuales, sintiéndose anegados por el agua invasora, clamaban pidiendo socorro no sé si á Dios ó á los hombres.

Á éstos se lo pedían en vano, porque no pensaban sino en la propia salvación. Un solo hombre, impasible ante tan gran peligro, permanecía en el alcázar sin atender á lo que pasaba á su alrededor, y se paseaba meditabundo, como si aquellas tablas donde ponía su pie no estuvieran solicitadas por el inmenso abismo. Era mi amo.

Corrí hacia él despavorido, y le dije:

«¡Señor, que nos ahogamos!»

Don Alonso no me hizo caso, y aun creo, si la memoria no me es infiel, que, sin abandonar su actitud, pronunció palabras tan ajenas á la situación como éstas:

«¡Oh! ¡Cómo se va á reir Paca cuando yo vuelva á casa después de esta grave derrota!»

— ¡Señor, que el barco se va á pique! — exclamé de nuevo, no ya pintando el peligro, sino suplicando con gestos y voces.

Mi amo miró al mar, á las lanchas, á los hombres

que desesperados y ciegos se lanzaban á ellas, y yo busqué con ansiosos ojos á Marcial, y le llamé con toda la fuerza de mis pulmones... No sé lo que pasó. Para contar cómo me salvé, no puedo fundarme sino en recuerdos muy vagos, semejantes á las imágenes de un sueño, pues sin duda el terror me quitó el conocimiento. Me parece que un marinero se acercó á D. Alonso cuando yo le hablaba, y le cogió en sus vigorosos brazos. Yo mismo me sentí transportado, y cuando mis sentidos se aclararon un poco, me vi en una lancha, recostado sobre las rodillas de mi amo, el cual tenía mi cabeza entre sus manos con paternal cariño. Marcial empuñaba la caña del timón; la lancha iba llena de gente.

Alcé la vista, y vi como á cuatro ó cinco varas de distancia, á mi derecha, el negro costado del navío, próximo á hundirse. Por los portalones á que aun no había llegado el agua salía una débil claridad, la de la lámpara encendida al anochecer, y que aun velaba, guardián solícito, sobre los restos del buque abandonado. También hirieron mis oídos lamentos que salían por las troneras: eran los pobres heridos que no había sido posible salvar y se hallaban suspendidos sobre el abismo, mientras aquella triste luz les permitiera mirarse, comunicándose con los ojos la angustia de los corazones...

XI

La lancha se dirigió... ¿adónde? Ni el mismo Marcial lo sabía. La obscuridad era tan densa, que perdimos de vista las demás lanchas, y las luces del navío *Prince* se desvanecieron tras la niebla, como si un soplo las hubiera extinguido. Las olas eran tan gruesas y el vendaval tan recio, que la débil embarcación

avanzaba muy poco, y gracias á una dirección hábil no zozobró más de una vez. Todos callábamos, y los más fijaban una triste mirada en el sitio donde se suponía que nuestros compañeros abandonados luchaban en aquel instante con la muerte en espantosa agonía.

Trabajosamente avanzamos por el tempestuoso mar. Lo peor del caso era que no divisábamos ningún barco. Por último, vimos una luz, y un rato después la mole confusa de un navío que corría el temporal por barlovento, y aparecía en dirección contraria á la nuestra. Unos le creyeron francés, otros inglés, y Marcial sostuvo que era español. Forzaron los remos, y no sin trabajo llegamos á ponernos al habla.

«¡Ah del navío! — gritaron los nuestros.

— Es el *San Agustín* — gritó Marcial.

— El *San Agustín* se ha ido á pique — dijo D. Alonso. — Me parece que será el *Santa Ana*, que también está apresado.»

Efectivamente, al acercarnos, todos reconocieron al *Santa Ana*, mandado en el combate por el Teniente general Álava. Al punto los ingleses que lo custodiaban dispusieron prestarnos auxilio, y no tardamos en hallarnos todos sanos y salvos sobre cubierta.

El *Santa Ana*, navío de 112 cañones, había sufrido también grandes averías, aunque no tan graves como las del *Santísima Trinidad*, y si bien estaba desarbolado de todos sus palos y sin timón, el casco no se conservaba mal. Amparado por el francés *Fougueux*, tuvo que batirse con el *Royal Sovereign*, mandado por Collingwood, y con otros cuatro navíos ingleses. Según allí refirieron, la lucha había sido horrorosa, y los dos poderosos barcos, cuyos penoles se tocaban, estuvieron destrozándose por espacio de seis horas, hasta que, herido el General Álava, herido el Comandante Gardoqui, muertos cinco oficiales y noventa y siete

marineros, con más de ciento cincuenta heridos, tuvo que rendirse el *Santa Ana*. Apresado por los ingleses, era casi imposible manejarlo á causa de su mal estado y del furioso viento que se desencadenó en la noche del 21.

Yo había perdido mi afición á andar por el combés y alcázar de proa, y así, desde que me encontré á bordo del *Santa Ana*, me refugié con mi amo en la cámara, donde pude descansar un poco y alimentarme, pues de ambas cosas estaba muy necesitado... Ocupábame después en poner al buen D. Alonso una venda en el brazo, cuando se acercó un joven alto, embozado en luengo capote azul. Era el oficial de Artillería D. Rafael Malespina, pariente de mi amo. Estaba herido, y le habían transportado desde el *Nepomuceno* al *Santa Ana*. Don Alonso le abrazó con ternura, y consagradas breves palabras á las familias ausentes, le dijo :

«Cuéntame, por Dios, Rafaelito, lo que ha pasado en el *Nepomuceno*. Aun me cuesta trabajo creer que ha muerto Churruca, á pesar de que todos lo dan por cosa cierta.

— Desde que salimos de Cádiz — respondió Malespina, — Churruca tenía el presentimiento de este gran desastre. Él había opinado contra la salida, porque conocía la inferioridad de nuestras fuerzas, y además confiaba poco en la inteligencia del jefe Villeneuve. Todos sus pronósticos han salido ciertos; todos, hasta el de su muerte, pues es indudable que la presentía, seguro como estaba de no alcanzar la victoria. El 19 dijo á su cuñado Apodaca : «Antes que rendir mi navío, lo he volar ó echar á pique. Este es el deber de los que sirven al Rey y á la Patria.» El mismo día escribió á un amigo suyo, diciéndole : «Si llegas á saber qué mi navío ha sido hecho prisionero, di que he muerto.»

» Cuando vió Churruca que Villeneuve mandaba virar en redondo á toda la escuadra, consideró que la batalla estaba perdida. El *Nepomuceno* vino á quedar al extremo de la línea. Rompióse el fuego entre el *Santa Ana* y *Royal Sovereign*, y sucesivamente todos los navíos fueron entrando en el combate. Cinco navíos ingleses de la división de Collingwood se dirigieron contra el *San Juan*; pero dos de ellos siguieron adelante, y Churruca no tuvo que hacer frente más que á fuerzas triples.

» Nos sostuvimos enérgicamente contra tan superiores enemigos hasta las dos de la tarde, sufriendo mucho, pero devolviendo estrago doble á nuestros contrarios. El grande espíritu de nuestro heroico jefe parecía haberse comunicado á soldados y marineros, y las maniobras, así como los disparos, se hacían con prontitud pasmosa. La gente de leva se había educado en el heroísmo, sin más que dos horas de aprendizaje, y nuestro navío, por su defensa gloriosa, no sólo era el terror, sino el asombro de los ingleses.

» Éstos necesitaron nuevos refuerzos: necesitaron seis contra uno. Volvieron los dos navíos que nos habían atacado primero, y uno de ellos, al costado del *Nepomuceno*, nos batió á medio tiro de pistola. Había que ver el fuego de aquellos seis colosos, vomitando balas y metralla sobre un buque de 74 cañones. Parecía que nuestro navío se agrandaba, creciendo en tamaño, conforme crecía el arrojido de sus defensores. Las proporciones gigantescas que tomaban las almas, parecía que también las tomaban los cuerpos; y al ver cómo infundíamos pavor á fuerzas seis veces superiores, nos creíamos algo más que hombres.

» Entretanto, Churruca, que era nuestro pensamiento, dirigía la acción con serenidad asombrosa. Aquel hombre débil y enfermizo, cuyo hermoso y triste

semblante no parecía nacido para arrostrar escenas tan espantosas, nos infundía á todos misterioso ardor sólo con el rayo de su mirada.

«Pero Dios no quiso que saliera vivo de la terrible porfía. Viendo que no era posible hostilizar á un navío que por la proa molestaba al *San Juan* impunemente, fué él mismo á apuntar el cañón, y logró desarbolar al contrario. Al alcázar de popa volvía, cuando una bala de cañón le alcanzó en la pierna derecha, con tan fatal acierto, que casi se la desprendió del modo más doloroso por la parte alta del muslo. Corrimos á sostenerle, y el héroe cayó en mis brazos. ¡Qué horrible momento! Aun me parece que siento bajo mi mano el violento palpitir de un corazón que hasta aquel instante terrible no latía sino por la Patria. Le vi tratando



de reanimar con una sonrisa su semblante, cubierto ya de mortal palidez, mientras con voz apenas alterada, exclamó: *Esto no es nada. Siga el fuego.*

«Tratamos de bajarle á la cámara, pero no fué posible arrancarle del alcázar. Al fin, cediendo á nuestros ruegos, comprendió que era

preciso abandonar el mando. Llamó á Moyna, su segundo, y le dijeron que había muerto; llamó al comandante de la primera batería, y éste, aunque gravemente herido, subió al puente y tomó el mando.

«Desde aquel momento la tripulación se achicó: de

gigante se convirtió en enana; desapareció el valor, y comprendimos que era indispensable rendirse. Como si una repentina parálisis moral y física hubiera invadido toda la tripulación, así quedaron todos helados y mudos, sin que el dolor por la pérdida de hombre tan querido diera lugar al bochorno de la rendición.

«No perdió Churruca el conocimiento hasta los últimos instantes; no se quejó de sus dolores ni mostró pesar por su fin cercano; antes bien, todo su empeño consistía en que la valiente oficialidad no conociera la gravedad de su estado y en que ninguno faltase á su deber. Dió las gracias á la tripulación por su comportamiento heroico; dirigió algunas palabras á su cuñado Ruiz de Apodaca, y después de consagrar un recuerdo á su joven esposa y de elevar el pensamiento á Dios, cuyo nombre oímos pronunciado varias veces por sus secos labios, expiró con la tranquilidad de los justos y la entereza de los héroes, sin la satisfacción de la victoria, pero también sin el resentimiento del vencido, firme como militar, sereno como hombre, sin pronunciar una queja ni acusar á nadie, con tanta dignidad en la muerte como en la vida. Contemplábamos su cadáver aun caliente y nos parecía mentira; creíamos que había de despertar para mandarnos de nuevo, y tuvimos para llorarle menos entereza que él para morir, pues al expirar se llevó todo el valor, todo el entusiasmo que nos había infundido.

«Rindióse el *San Juan Nepomuceno*, y cuando subieron á bordo los oficiales de las seis naves que lo habían destrozado, cada uno pretendía para sí el honor de recibir la espada del Brigadier muerto. Todos decían: «Se ha rendido á mi navío», y por un instante disputaron reclamando el honor de la victoria para uno ú otro de los buques á que pertenecían. Quisieron que nuestro Comandante accidental decidiera la cues-

tión, diciendo á cuál de los navíos ingleses se había rendido, y aquél respondió: «Á todos, que á uno solo jamás se hubiera rendido el *San Juan*.»

» Ante el cadáver del gran Churruca, los ingleses, que le conocían por la fama de su valor y entendimiento, mostraron gran pena. Luego dispusieron que las exequias se hicieran formando la tropa y marinería inglesa al lado de la española, y en todos sus actos se mostraron caballeros, magnánimos y generosos.»

Aquí terminó Malespina, el cual fué escuchado con viva atención durante el relato tristísimo. Por lo que oí, pude comprender que á bordo de cada navío había ocurrido una tragedia tan espantosa como la que yo mismo presencié, y dije para mí: «¡Cuánto desastre, Santo Dios, causado por las torpezas de un solo hombre!» Y aunque yo era entonces un chiquillo, recuerdo que pensé lo siguiente: «Un hombre tonto no es capaz de hacer en ningún momento de su vida los disparates que hacen á veces las naciones, dirigidas por centenares de hombres de talento.»

XII

Seguíamos navegando en el dismantelado *Santa Ana*, prisionero de los ingleses, y en la mañana del 23 vimos en él un suceso por demás extraordinario. En aquel desastre, el desastre mismo se desarrollaba con sorprendentes é inesperados lances. Tan terrible tragedia no podía llegar á su desenlace sin estupendos episodios. Increíble parece, pero es verdad histórica indubitable que el General Álava, comandante del *Santa Ana*, aprovechando una coyuntura favorable, intentó y logró el rescate de su navío, amparado por los fuegos del *Asís*, el *Montañés* y el *Rayo*, tres de los que se retiraron con Gravina el 21 y volvieron á salir para

auxiliar á las naves dispersas. Inaudito caso de bravura, pues para llevarlo á feliz término fué menester infundir la vida y el arrojo á tripulantes heridos ó extenuados de hambre y fatiga. Pues este imposible fué posible, y los ingleses que custodiaban el barco se convirtieron de vencedores en vencidos, y la bandera española volvió á flamear donde por breve tiempo había ondeado la inglesa.

Pero este singular resurgimiento de energía, ó galvanización de un cadáver, no nos valió de mucho, porque el furioso Sudoeste que se desencadenó por la tarde hubo de amargarnos el gozo del breve y casi milagroso triunfo. Á cinco leguas ya del puerto, cuando veíamos nuestras vidas en salvo y nuestra libertad asegurada, fué menester traspasar al *Rayo*, porque nuestro pobre *Santa Ana* no tenía gobierno, y era ya segura presa de la mar bravía.

La situación empeoraba por momentos. Teníamos á bordo gran número de heridos, entre ellos el desdichado y heroico *Mediohombre*, que en la corta refriega del rescate recibió varios balazos en la maltratada armazón de su cuerpo. El traspaso se hizo á media noche, con mar gruesa y viento achubascado y violentísimo, empresa que parecía superior á las fuerzas humanas. Pasado aquel trance de suprema ansiedad, de angustiosas peripecias, y bien seguro yo de haberlo presenciado, no puedo dejar de verlo en mi memoria como una oprimente pesadilla.

Cuando me vi en la cubierta del *Rayo* creí despertar de un mal sueño, me sentí resucitado que vuelve al mundo de los vivos. Mi pobre amo D. Alonso, á quien metimos en la cámara, sacó su rosario y rezando estuvo hasta el amanecer, sin parar mientes en mí. Al pobre señor se le había ido el santo al cielo y no se daba cuenta de su triste situación. Marcial fué conducido al

sollado, donde le acompañé y asistí lo mejor que pude. Sus heridas y contusiones me parecieron graves; su ánimo, que era en él lo más fuerte, se hundía como una casa quebrantada por terremotos ó un barco deshecho por las olas.

XIII

Dios había dispuesto sin duda que nuestras desdichas no tuviesen término, ó que pereciéramos todos para que en la catástrofe de Trafalgar no quedase uno solo que pudiera contarlo. Frente á Cádiz, el *Rayo* se plantó como un caballo loco, y ni por buenas ni por malas quería entrar en la bahía. El violento Sudoeste que barría la costa, se lo llevaba por delante al empuje de su escoba furibunda. Sin gobierno de timón ni velamen, corría desbocado. Por estribor íbamos dejando atrás Rota, Punta Candor, Regla, Chipiona, y al fin, nuestro pobre y alocado *Rayo* fué á embarrancar en un playazo próximo á Sanlúcar, donde quedó clavado en disposición de que el mar lo deshiciera tabla por tabla.

Al instante se pensó en el salvamento, que había de hacerse trasladándonos á una balandra que se nos acercó por la popa, pues la gente de tierra no podía prestarnos auxilio. Y cuando dió principio el trasbordo de nuestros heridos á la balandra, pensé en el pobre Marcial, de quien nadie se acordaba; verdad que él no pedía socorro, y silencioso agonizaba en un rincón obscuro, sin otro anhelo que descansar pronto en el seno de su amorosa madre la mar. Encontré al pobre viejo casi exánime; en su rostro, lleno de chirlos y garabatos, como un viejo códice histórico, vi el sello de la muerte. Su mano helada estrechó la mía. Creyérase

que el contacto de mi mano caliente le restituía el ánimo perdido, porque pudo incorporarse, y sus labios articularon estas bien concertadas razones:

«Gabriel, hijo mío, yo me muero... Dicen que cuando uno se muere y no halla cura con quien confesarse, debe hacerlo con el primero que encuentre. Pues yo, Gabrielillo mío, me confieso contigo en este trance, y voy á trasbordar todos mis pecados desde mi conciencia á tus oídos... Escúchame... Digo que siempre he sido cristiano católico, *postólico*, romano, y que siempre he sido y soy devoto de la Virgen del Carmen, á quien llamo en mi ayuda en este momento; y digo también que si hace veinte años que no he confesado, no fué por mí, sino por *mor* del maldito servicio, y porque siempre lo va uno dejando para el domingo que viene... Jamás he robado ni la punta de un alfiler, ni he dicho más mentiras que alguna que otra, para bromear. De los palos que le daba á mi mujer hace treinta años, me arrepiento, aunque creo que bien dados estuvieron, porque era más mala que las *churras*, y con un genio más picón que los alacranes. No; no aborrezco á nadie más que á los *casacones*, á quienes hubiera querido ver hechos picadillo; pero pues dicen que todos somos hijos de Dios, yo los perdono, y *así mismamente* perdono á los *gabachos*, que nos han traído esta guerra. Y no digo más, porque me parece que me voy á pique. Yo amo á Dios y estoy tranquilo. Gabriel, abrázame, *abarlóate* al costado mío. Tú no tienes pecados, y vas á andar *finiqueleando* con los ángeles divinos. Más vale morirse á tu edad que vivir en este *emperrado* mundo... Conque ánimo, chiquillo, que esto se acaba. El agua sube, y el *Rayo* se acabó para siempre. La muerte del que se ahoga es muy buena: no te asustes... abrázate conmigo. Virgen del Carmen, llévanos contigo al cielo, que, según dicen, está alfombrado con estrellas... Mori-

mos en la mar salada... Lo que yo digo: de la mar al cielo...»

Gritos apremiantes me llamaron... Expiró *Mediohombre*, y yo corrí á salvarme, saltando de un brinco en la última lancha.



MADRID:—2 DE MAYO

I

Leso pude salir del *Rayo*, ¡gracias á Dios!, y al recobrar del quebranto, inanición y pavora de la tragedia naval, me faltó tiempo para trasladarme á Cádiz. Pero yo no escarmentaba,

podéis creerlo. Mi alma infantil, atormentada por ilusiones varoniles, no anhelaba el reposo, sino el tanteo de nuevas aventuras. Mi afán era ensanchar el campo de mi vida, cambiar de escena y de ambiente, buscando más extenso conocimiento de personas y cosas. Ambicioso de vivir, aunque fuera con estrecheces, dolores y amarguras, puse todos mis pensamientos en la idea y propósito de salvar la enorme distancia entre Cádiz y Madrid. Y para que veáis, amados niños, lo que puede

EL 19 DE
MARZO



EL 2 DE MAYO

EL 2 DE MAYO